

**Amistades paralelas:
Miguel Cané-Martín García Mérou
/ Jorge Luis Borges-Adolfo Bioy Casares.¹**

Jorge CRUZ
Academia Argentina de Letras

Resumen: *Miguel Cané y Martín García Mérou, escritores argentinos que vivieron en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, coincidieron en la pasión por la literatura. Cané era mayor y en su relación con el amigo asumió el papel del maestro. En cambio, ya en pleno siglo XX, Jorge Luis Borges, en su célebre amistad con Adolfo Bioy Casares, se resistió a oficiar de maestro, y a pesar de tener más años que su amigo, prefirió ponerse a su altura y hasta tomar el lugar del discípulo. Las diferentes actitudes de estos notables escritores obedecieron no sólo a la idiosincrasia de los personajes sino también a los hábitos intelectuales de su tiempo.*

Palabras clave: *Miguel Cané - Martín García Mérou - Jorge Luis Borges - Adolfo Bioy Casares - amistad*

Abstract: *Miguel Cané and Martín García Mérou, Argentine writers of the second half of XIX Century, met in their passion for literature. Cané was older, and acted as a teacher in his relationship with his friend. On the contrary, already in the XX Century, Jorge Luis Borges, in his well-known friendship with Adolfo Bioy Casares, refused to pose as a teacher, and although he was older than his friend, he chose being at the same level and even taking the place of a disciple. The different attitudes of these remarkable writers were due not only to their idiosyncrasy, but also to the intellectual habits of their times.*

Key words: *Miguel Cané - Martín García Mérou - Jorge Luis Borges - Adolfo Bioy Casares - friendship*

La amistad desempeña en toda vida un papel cardinal. En el ámbito de los artistas, cobra un matiz especial, dada la hipersensibilidad del gremio. Hay amistades entre parien-

¹ Conferencia leída en la Universidad Católica Argentina, Centro de Literatura Comparada "María Teresa Maiorana", 7 de noviembre de 2006.

tes, como “las hermanas tutelares” a las que Rafael Alberto Arrieta les dedicó bellas páginas. Hay esposas tutelares, como la mujer de Ibsen; hay hermanos también tutelares, como el que veló por Van Gogh. Son personajes recónditos que han alumbrado el camino de muchos artistas. Lo habitual es que esos lazos se estrechen entre coetáneos. La comunidad de visión estética y de posición ante la vida acercan mucho. No obstante, se dan también entre personalidades de distinta generación, como las parejas de escritores que me propongo aproximar: Miguel Cané (1851-1905) y Martín García Mérou (1862-1905), autores de la segunda mitad del siglo XIX; y Jorge Luis Borges (1899-1986) y Adolfo Bioy Casares (1914-1999), del siglo pasado.

Ministro y secretario en la diplomacia

Cómo se relacionaron Cané y García Mérou. Cané había sido reelegido diputado nacional en 1880, pero renunció a la diputación y aspiró a un cargo diplomático. El presidente Roca lo designó ministro en Colombia y Venezuela. Tenía pensado llevarse de secretario a Roque Sáenz Peña, pero partió finalmente con García Mérou, un joven de diecinueve años que se había iniciado en el diario *La Nación* como corrector. En esa Redacción recibió el aliento del General Mitre, cuyo respaldo se sumó al de figuras como Pedro Goyena, renombrado legislador, crítico y profesor universitario; y Nicolás Avellaneda, quien, precisamente en 1880 había concluido su mandato como presidente de la República. Constituían todos ellos una pléyade ilustrada que promovió, desde la función pública y el periodismo, uno de los períodos más constructivos de la historia nacional.

Fue Manuel Láinez, descollante periodista, fundador de *El Diario*, quien ofició de mediador. Le preguntó al joven Martín si tenía ganas de hacer un viaje “largo e interesante” y obtuvo la respuesta naturalmente afirmativa del muchacho que se hallaba en el umbral de una promisoriosa carrera. Al día siguiente, Cané lo invitó a su casa, donde le propuso que lo acompañara como secretario a Venezuela y a Colombia. Era para el ministro el asistente ideal: aplicado, distinguido, más bien tímido, apasionado de la literatura y ya dotado de una notable cultura. La travesía se presentaba como un estimulante contraste con su sedentaria vida de lector y escritor. Durante el viaje, todo fue novedoso para él. Como lo había anunciado Manuel Láinez, el trayecto resultó para García Mérou largo e interesante. A Cané, en cambio, que había navegado en más de una oportunidad, las incomodidades de a bordo y la fauna humana que lo rodeaba, el olor a brea, a aceite, a cocina, le alteraban los nervios, nunca aplacados del todo. Sobre el mar sentía abatimiento o fastidio.

Antes de llegar a los países señalados para la misión, los viajeros visitaron ciudades europeas: Lisboa, Burdeos; París y Londres. Ya en la América del Sud, en abril de 1881, ministro y secretario se enfrentaron con un panorama y un estado de cosas muy distin-

tos. En la Martinica los acechó la fiebre amarilla. Luego de recalar en el puerto de La Guayra con el propósito de dirigirse a Bogotá, tuvieron que modificar el plan y encaminarse a Caracas, debido al exiguo caudal del río Magdalena. En la capital venezolana se establecieron en medio del lujuriente paisaje. A duras penas fueron adaptándose a la vida forzosamente calma, alterada a veces por las alarmas que provocaba una tierra proclive a los terremotos. Las comunicaciones eran lentas y sólo la lectura animaba las horas de los dos funcionarios. El que menos se adecuaba a las nuevas circunstancias era el disconforme Cané. Extrañaba Buenos Aires, las comodidades, la vida cultural y, en particular, las veladas musicales; extrañaba, sobre todo, el cariz europeo de la “gran aldea”, tan grato a los porteños. En sus *Recuerdos literarios* García Mérou evocó aquellos días. En los cuatro meses que permanecieron en Venezuela vivieron en la misma casa, embellecida por un jardín lleno de plantas y árboles tropicales.

Cuando comíamos solos, abatidos por aquella existencia sin atractivos, por la soledad y el alejamiento de la patria, absorbidos en pensamientos que en ninguno de nosotros tenían color de rosa, después de la frase obligada de saludo amistoso, nos sentábamos a la mesa cada uno con un libro por delante. Después, a los trabajos de la Legación y sobre todo a la lectura tenaz y a la producción literaria. Cané era en aquel tiempo uno de los lectores más formidables e incansables que conozco. (García Mérou, *Recuerdos*, 412)

El joven secretario, once años menor que su jefe, había llevado una buena provisión de libros, entre los que figuraban obras de Shakespeare, Dickens, Taine, Balzac, Schiller, Goethe y Heine, además de obras científicas. García Mérou comenta que todas ellas fueron leídas o releídas por Cané y que alguno de esos libros que lo habían acompañado en sus numerosos viajes conservaban aún las anotaciones del ministro. Entre esos insignes nombres, el joven secretario no condescendió a incluir a ningún español, ni clásico ni contemporáneo. Obedecía a prejuicios que algunos hombres del 80 no acertaban a desarraigar. En medio del tedio y las nostalgias atemperadas por la lectura y por las tareas diplomáticas, no demasiado abrumadoras, se gestó y nació un libro memorable: nada menos que *Juvenilia*, la obra más célebre aunque no la mejor de Cané. La añoranza de la patria avivaba los recuerdos de la adolescencia porteña, opuestos a “las negras horas pasadas”, como las calificó Cané, con exageración, en la dedicatoria a García Mérou. El secretario poseía una habilidad especial para fabricar unos cuadernillos en los que el ministro escribía diariamente, como charlando, sus “deliciosas reminiscencias de la vida estudiantil”. El libro que habría de ser leído por varias generaciones de argentinos, bien valía el tedio padecido en aquellas zonas tórridas.

En la capital venezolana tuvieron ocasión de conocer a un ejemplar paradigmático del autócrata sudamericano, espécimen de una fauna que se ha reproducido sin cesar hasta nuestros días. Se trataba del general Antonio Guzmán Blanco (1829-1899), el dictador que se hacía llamar “ilustre americano” y presidió Venezuela durante tres períodos. En *Prosa ligera*, Cané trazó la semblanza del personaje, en quien, aparte de “cierta cultura nati-

va” y un “barniz de una sola capa de ilustración general”, predominaba “una colosal opinión de sí mismo”. Lo demuestran las palabras del “ilustre americano” en un encuentro con el Ministro argentino ante la estatua del propio gobernante en la plaza principal de Caracas. “¿No le hace a usted, señor ministro, [...] un curioso efecto pasearse con un hombre, al pie de su propia estatua?”. Como Cané respondiera afirmativamente, Guzmán Blanco añadió:

Sí...sí, es anómalo y admira al extranjero. No he podido evitarlo o mejor dicho, no me he sentido ni con fuerzas ni con derecho para impedir que el pueblo glorifique su propia acción, que la Providencia ha personificado en mí. Por lo demás, yo he entrado ya a la posteridad y ese homenaje es ya un juicio póstumo. (Cané, *Prosa ligera*, 145)

Cané quedó mudo ante tan ciega vanagloria, y al recordar los hechos, los contrapuso a la caída inexorable del arrogante militar y de sus efímeras estatuas. De Caracas, el ministro argentino y su secretario pasaron a Bogotá. Las molestias de la travesía por el Magdalena resultaron insoportables para el malhumorado y quejoso Cané. Calor sofocante, mosquitos voraces, el coche medio desvencijado bamboleándose por las sendas montañosas; el barco en condiciones no mejores, por el río; luego el trayecto a lomo de mula hasta Bogotá. Llegaron en enero de 1882 y en sus primeros pasos por la ciudad asistieron a múltiples agasajos ofrecidos en su honor por entidades oficiales, instituciones culturales, clubes y acogedoras casas particulares, donde los cortejaban la hospitalidad y la gentileza de los bogotanos. De ellos dice Cané, en carta al presidente Roca, que “son instruidos, elocuentes, poetas, entusiastas”. Gobernaba Colombia (y lo hizo en cuatro períodos) el político y poeta Rafael Núñez, natural de Cartagena de Indias, donde se conserva su preciosa casa, aireada y penumbrosa, perfectamente adecuada a las calurosas jornadas de la zona. Los miembros de la sociedad bogotana, a quienes el habla argentina caía simpática, identificaban al ministro y a su secretario como “Che Cané” y “Che García”. Recordando los días de Caracas y Bogotá, escribió García Mérou en el prólogo de *Impresiones*:

Las veinticuatro horas del día parecían cortas. Evacuados los trabajos diplomáticos, nos engolfábamos en la lectura. [...] De cuando en cuando tomábamos la pluma, y las cuartillas se amontonaban sin sentirlo. [...] Allí nos sometíamos mutuamente los resultados del trabajo diario, llevando siempre yo la peor parte, como era natural, pues mis informes ensayos eran flagelados sin piedad por la *verve* sarcástica de mi crítico. Pasado el primer momento de insurrección, volvía de nuevo a la tarea con fe inquebrantable, puliendo, limando, apuntalando los versos débiles con algún adjetivo chillón. [...] Hoy recuerdo con gratitud y encanto aquella vida tranquila y mis amigos benévolos e ilustrados que tanto han hecho por mi desarrollo intelectual. [...] Tengo fe en el porvenir y en los frutos de la labor constante: tengo el anhelo del perfeccionamiento y el valor de la persistencia, y todas mis aspiraciones, todos los sueños de mi vida se resumen en este ideal grande y sagrado que me da fuerzas para vivir y para luchar. (García Mérou, *Impresiones*, 7-12)

Amistad por correspondencia

La permanente inquietud de Cané lo incitaba a partir, y cuando logró que el general Roca le asignase otro destino, en 1882, ministro y secretario se separaron. La vida en común había sido breve. García Mérou permaneció en Colombia y Cané se hizo cargo de la legación en Alemania y Austria. Pensaba con frecuencia en su joven amigo y extrañaba el gusto de darle consejos, pedirle libros, ofrecerle otros, leerle un capítulo, propio o ajeno, censurarle los versos, irritarlo con sus severas críticas, enmendarle la prosa, más serena e impersonal que la suya, nerviosa y personalísima. Eran entrañables amigos y, sin embargo, tenían diferencias fundamentales. Coincidían en la común pasión literaria, pero también en esta materia discrepaban a menudo. El discípulo reconoció lealmente la deuda con el maestro:

Debo a Cané, por otra parte, la más viva gratitud por la franqueza ruda y varonil con que cuando andábamos juntos, apreciaba mis estudios literarios. Ella es tal vez la que ha mantenido en mí la pasión del trabajo intelectual incesante, tenaz, infatigable, sin el cual es imposible la producción. (García Mérou, *Recuerdos*, 419)

Al trazar un paralelo entre ambos, Ricardo Sáenz Hayes, en su biografía de Cané, escribe:

Cané es absoluto, autoritario, agresivo. Cuando juzga es unilateral y se vale de adjetivos hirientes. [...] García Mérou es suave, mesurado, dulce, modesto y laborioso, inclinado a la tolerancia, propicio a las admiraciones repentinas, entusiastas, bien sea debido a la juventud excesiva o a la falta de agudo sentido crítico que le permita analizar las obras en su justo valor. [...] Dijérase que Miguel Cané es el padre que vive con la obsesión del hijo al que supone descarriado o en inminente peligro de caer para siempre entre gentes de malas costumbres. De ahí las admoniciones, los gritos de alarma: ¡cuidado! ¡no haga eso! ¡aléjese de ese amigo! ¡olvídense de esa mujer! Otras veces se asemeja a un hermano mayor que alardea con la experiencia adquirida en los entreveros del mundo, para economizarle infortunios y remordimientos, los feos remordimientos que le hurtan al espíritu armoniosa tranquilidad. Otras veces le habla como si fuese un amigo íntimo de la misma edad... (Sáenz Hayes, *Miguel Cané*, 263)

Llegado a París, la primera carta fue para ese hijo adoptivo que permanecía en Bogotá rodeado de poetas prolíficos y de mujeres peligrosas. Martín le había hablado de una tal Alicia, que lo atraía, y Cané, invocando su experiencia en amores, le había respondido: “No me gusta el asunto de Alicia, *entre nous deux*; usted es demasiado joven para ensayar mi juego, y no tendría nada de particular, pero sí mucho de deplorable, que se fuera a enamorar como una bestia”. (Carta de Cané a García Mérou del 10-VII-1882. Sáenz Hayes, 1955, 264)

Y añadía:

No tiene usted idea de la cantidad de cuentos que me traían sobre usted en Bogotá; que una noche en lo de Silvia había usted hablado mal de mí, que yo lo trataba con dureza, ¡qué sé yo! ¿Le dije a usted una palabra? No, porque la elevación de mi carácter y mi afecto por usted me impedían recoger esas miasmas [sic] que siempre flotan sobre las sociedades pequeñas y *potinières*. (1955, 265)

Cané lo extrañaba y hubiese querido que su amigo se hubiera instalado en Europa, en un ambiente más propicio para su desarrollo intelectual. Mientras tanto, le aconsejaba que se habituara “a mirar esta vida diplomática tal cual es: mucho fastidio, mucha independencia, mucha soledad. El arte está en pasarlo lo mejor posible en cualquier rincón, sin nervios en la tensión de espíritu de las expectativas constantes” (Sáenz Hayes, 1955, 265). Desde Viena, le escribió:

La vida aquí es agradable y sería deliciosa si supiera este maldito alemán que no me entra... Este pedazo de tierra austríaca que se llama Viena es la feria de las mujeres lindas. ¡Qué cuerpos, qué carnaciones! Sin embargo, la imagen de Chiú [una bella colombiana] no se me borra. ¿Sabe que esa mujer es muy linda? Mírela bien la próxima vez que la vea y verá, ¡qué delirio! También yo desearía tenerla a mi lado; daría unos años de vida... pero nada más. (Carta de Cané a García Mérou del 26-X-1882, Sáenz Hayes, 1955, 274)

A la espera de su traslado, García Mérou leía, escribía y se había animado a publicar algunos trabajos sin el consentimiento del “magister”. Desde su mirador europeo, éste los calificó de pavadas y hasta los consideró indecentes. Le molestaba que hubieran aparecido sin su *nihil obstat*. Las reprimendas del amigo lejano lo hacían poner pálido de cólera al ex secretario, pero, por respeto, no llegaba a estallar. Luego, al reflexionar, agradecía las reconveniones. Poco después, Cané le dio la noticia anhelada del nuevo destino, en España, como Secretario de la Legación. En Madrid, en febrero de 1884, García Mérou recibió *Juvenilia* y le escribió al autor una carta de alborozado elogio.

Las letras españolas existen

Martín descubrió la literatura española e hizo partícipe del hallazgo a su amigo. Ponderó a Juan Valera y se preció de ser íntimo amigo de Marcelino Menéndez Pelayo, a quien consideraba “verdadero prodigio de genio y de erudición”. “Está muy lejos de ser el espíritu retrógrado y fanático que uno supone. Conoce admirablemente las literaturas extranjeras y tiene en todas las materias ideas originales y propias, nacidas por la observación personal y llenas de novedad y franqueza”. (Carta de García Mérou a Cané. Sáenz Hayes, 1955, 292).

El insigne crítico y erudito contaba entonces veintisiete años y había publicado sólo los dos primeros volúmenes de su *Historia de los heterodoxos españoles*. Cané reaccionaba con malhumor ante los elogios destinados a personajes que él apenas conocía, y juzgaba exagerado el entusiasmo del joven amigo. “Pero, hombre, ¿qué ha escrito ese señor Pelayo?”

[...] ¿Sabe lo que conozco de todos ellos? *Pepita Jiménez*, de Valera (deliciosa) y tres o cuatro novelas abominables. *Traductores de La Eneida*, de M. Pelayo... y pare usted de contar” (Sáenz Hayes, 1955, 293-294). Por su parte, García Mérou le reprochaba la condena de autores cuyas obras Cané confesaba no haber leído.

Al ex secretario iban a nombrarlo miembro correspondiente de la Real Academia Española y de la Real Academia de la Historia. Esas noticias le indicaban al maestro que su discípulo se abría paso con creciente independencia. No era envidia lo que sentía — sentimiento ajeno a su noble índole— sino la sensación penosa de que el hijo adoptivo se le escapaba de las manos. Iban y venían las cartas entre Viena y Madrid. Cané se prodigaba en expresiones subidas de tono; quería leer en español y le pedía a García Mérou que le remitiera obras en ese idioma. Recibió *Sotileza*, de José María de Pereda, cuya lectura tuvo efecto arrebatador, al punto que, capaz de ir del menosprecio al entusiasmo con el mismo ardor, la calificó de “libro shakespeariano” y situó a su autor por encima de Zola, escritor que entonces gozaba de fama internacional. En una carta que García Mérou transcribe en sus *Recuerdos literarios*, Cané estalla de entusiasmo.

Usted que plumea, como yo, sabe, menos que yo, porque yo cepillo más, lo que cuesta vestir una idea que se ve, desnuda, pasearse esbelta por el espíritu. Eso es maravilloso en Pereda. [...] No, mire, váyase a lo de Pereda y dígame que, día más, día menos, un hombre va a entrar como una bomba en su cuarto, lo va a apretar contra el pecho hasta hacerlo crujir y se va a largar sin decirle esta boca es mía. Que no busque largo: seré yo. (García Mérou, 1891, 424-426)

El afrancesado va a volverse más cuidadoso del lenguaje, reclamará casticismo y tratará de evitar las voces galicadas. Al cabo del tiempo, el discípulo había terminado por ser su guía en el campo de las letras españolas.

La singular amistad se interrumpió con la muerte de García Mérou, ocurrida en Berlín, el 18 de mayo de 1905. Sus restos llegaron a Buenos Aires a fines de ese mes. Cané experimentó el dolor de saber que el amigo a quien había tratado paternalmente prodigándole alientos y reconvenciones, ya no podría hablarle ni escribirle. Iba a despedirlo en el sepelio, pero no puede leer el discurso porque, la tarde anterior, cayó enfermo sin que se precisara la causa. Menos de cuatro meses después, el 5 de septiembre, también él dejó el mundo de modo inesperado. La muerte fue otro acercamiento para estos dos hombres unidos por la pasión de los libros.

Borges-Bioy Casares

En ese 1905 infausto para una amistad que se había iniciado un cuarto de siglo antes, Jorge Luis Borges vivía con sus padres en la calle Serrano al dos mil cien, y con su hermana Norah comenzaba a recibir las enseñanzas de una institutriz inglesa. Muy pronto, el niño de seis años dio pruebas seguras de un destino de lector y de escritor del cual ni

él ni los demás dudaron nunca. Este fuerte apego iba a acercarlo, tres décadas después, al casi adolescente Adolfo Bioy Casares. De Borges habían aparecido los poemas de *Fervor de Buenos Aires*, *Luna de enfrente* y *Cuaderno San Martín*, y los ensayos de *Inquisiciones*, *El tamaño de mi esperanza*, *El idioma de los argentinos*, *Evaristo Carriego* y *Discusión*. Bioy Casares había publicado sólo una miscelánea titulada *Prólogo*, de la cual abjuró más tarde. También Borges iba a retractarse de algunos de sus primeros libros.

Lectores animados por una compartida pasión por la literatura y de gustos literarios similares, durante cuatro décadas se vieron con frecuencia, generalmente a la hora de la cena, en el vasto piso de la calle Posadas, colmado de libros, donde Bioy y su mujer, Silvina Ocampo, recibían a sus amigos e incluso a personalidades famosas, de paso por Buenos Aires. Bioy conoció a Borges en 1932 en casa de Victoria Ocampo, en San Isidro. Pocos días después, caminando por el barrio de la Recoleta, le refirió un primer esbozo del argumento de *El perjurio de la nieve*. En 1934, intentó estudiar Derecho y Letras, pero Borges le aconsejó que, si quería ser escritor, no fuera abogado, ni profesor, ni director de revistas literarias. Sin embargo, en 1936, con Borges y un tal Ernesto Pissavini, Bioy figuró entre los fundadores de la revista *Destiempo*, de la que aparecieron tres números.

El título indicaba nuestro anhelo de sustraernos a supersticiones de la época. Objetábamos particularmente la tendencia de algunos críticos a pasar por alto el valor intrínseco de las obras y a demorarse en aspectos folclóricos, telúricos vinculados a la historia literaria o a las disciplinas y estadísticas sociológicas. (Bioy Casares, 1994, 78-79)

La revista no superó los tres números. Con el mismo nombre fundaron también una editorial, en la cual aparecieron *Luis Greve, muerto*, de Bioy (cuya reseña escribió Borges para la revista *Sur*) y libros de Ulyses Petit de Murat, Alfonso Reyes y Nicolás Olivari. En el invierno de 1937, convertido en administrador de la estancia familiar, Bioy invitó a Borges a pasar con él una semana de campo. Allí un prospecto sobre la leche cuajada resultó ser la primera colaboración entre ambos. Acerca de esta experiencia Bioy confesó: “Aquel folleto significó para mí un valioso aprendizaje; después de su redacción yo fui un escritor más experimentado y avezado. Toda colaboración con Borges equivale a años de trabajo” (Bioy, 1994, 76). Asimismo planearon un cuento que nunca llegaron a escribir pero fue el origen de *Seis problemas para don Isidro Parodi*.

En 1940, la relación con Silvina Ocampo se resolvió en matrimonio, con Borges entre los testigos. Fue el año de la publicación de *La invención de Morel*, el primer libro maduro de Bioy. Llevaba un prólogo de Borges. Con éste y Silvina seleccionó la *Antología de la literatura fantástica*, y al año siguiente, *Antología poética argentina*. Sólo con Borges y con el seudónimo de H. Bustos Domecq, en 1942, publicaron *Seis problemas para don Isidro Parodi*, al que siguieron, en 1943, *Los mejores cuentos policiales*, I serie, una antología; y en 1946, *Un modelo para la muerte* y *Dos fantasías memorables*, con los seudónimos de Suárez Lynch y Bustos Domecq, respectivamente. En 1948 prepararon otra antología: *Prosa y verso de Francisco de*

Quevedo.

La cooperación entre los dos amigos se hizo más estrecha a partir de 1943, cuando comenzaron a dirigir la colección “El séptimo círculo”, de Emecé, exitosa serie de novelas policiales, que contribuyó a conferirle a la especie literaria una jerarquía hasta entonces escatimada entre nosotros. Así lo demuestra buena parte de la narrativa argentina de las últimas décadas. En 1951, dieron a conocer *Los mejores cuentos policiales*, II serie. En 1955 aparecieron *Los orilleros* y *El paraíso de los creyentes*, guiones cinematográficos; *Cuentos breves y extraordinarios*, antología, y *Poesía gauchesca*, edición, notas y glosario. En 1960, *Libro del cielo y del infierno*, antología, e *Hilario Ascasubi, Aniceto el Gallo y Santos Vega*, selección y notas. En 1967 publicaron *Crónicas de Bustos Domecq*, y en 1977, *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*. Para consagrar la asidua colaboración, en 1979, los libros escritos con Bioy fueron reunidos en un tomo de las *Obras Completas* de Borges editadas por Emecé. En suma, un conjunto importante de títulos incorporados indisolublemente a la bibliografía de cada autor, y suficientes para dar la medida del perfecto entendimiento intelectual que originó un vínculo único en nuestras letras.

Reconocimientos de Bioy

En el capítulo final de *La otra aventura*, titulado “Libros y amistad”, Bioy dejó registradas la historia y las cualidades de ese vínculo. Veamos algunos fragmentos significativos de esas entrañables páginas:

De aquella época me queda un vago recuerdo de caminatas entre casitas de barrios de Buenos Aires o entre quintas de Adrogué, y de interminables, exaltadas conversaciones sobre libros y argumentos de libros [...]. Comentados por Borges, los versos, las observaciones críticas, los episodios novelescos de los libros que yo había leído, aparecían con una verdad nueva, y todo lo que no había leído, como un mundo de aventuras, como el sueño deslumbrante que por momentos la vida misma llega a ser [...] En muy diversas tareas he colaborado con Borges: hemos escrito cuentos policiales y fantásticos de intención satírica, guiones para el cinematógrafo (con poca fortuna), artículos y prólogos; hemos dirigido colecciones de libros, compilado antologías, anotado obras clásicas. Entre los mejores recuerdos de mi vida están las noches en que anotamos *Urn Burial* [*Urna sepulcra*], *Christian Morals* [*Moral cristiana*] y *Religio Medici* de Sir Thomas Browne, y la *Agudeza y arte de ingenio*, de Gracián, y aquellas otras, de algún invierno anterior, en que elegimos textos para la *Antología fantástica* y traducimos a Swedenborg, a Poe, a Villiers de l'Isle-Adam, a Kipling, a Wells, a Beerbohm. Por su mente despierta, que no cede a las convenciones, ni a las costumbres, ni a la haraganería, ni al snobismo, por el caudal de su memoria, por la aptitud para descubrir correspondencias recónditas, pero significativas y auténticas, por su imaginación feliz, por la inagotable energía de invención, Borges descuella en la serie completa de tareas literarias. Con claridad, por cierto, distingue las actividades laterales y el verdadero trabajo. (Bioy Casares, 1968, 172, 174, 175, 176)

Bioy calificó como los momentos “más lindos” de su vida aquellos en que, con Borges, traducía o seleccionaba textos. “Era un trabajo muy intenso, que recuerdo como momentos culminantes de la vida”, le confesó a Noemí Ulla (1990, 142). En sus *Memorias*, escribe sobre la privilegiada amistad:

Yo sentía que para mí Borges era la literatura viviente y, de algún modo, él habrá sentido que yo compartía esa actitud ante las letras, que para mí era lo principal en la vida. Para los dos, lo más importante era comprender. Sentíamos un gran placer cuando, sobre cualquier asunto que ocurría en la realidad, uno de nosotros explicaba al otro lo que sucedía. Tanto Borges como yo, creíamos en la inteligencia como instrumento de comprensión. [...] Para mí la amistad con Borges fue un regalo de la suerte. Fue la primera persona que conocí para quien nada era más importante que la literatura. Para él la literatura era lo más real. Me hablaba de lo que había leído como si fuera una noticia de actualidad, así se tratara de un presocrático. (Bioy Casares, 1994, 109)

Cortesías de Borges

Las referencias a Bioy formuladas por Borges fueron menos frecuentes, pero siempre corteses y elogiosas. Se sentía cómodo con Bioy. “[...] me siento tan cómodo, que me olvido de que estoy trabajando con Bioy Casares: el que está trabajando realmente es ese tercer hombre que a veces hemos llamado Bustos Domeq y otras Suárez Lynch” (Sorrentino, 1996, 100). Se suele creer que en una amistad entre escritores de edad muy despareja, el mayor es el maestro y el menor el discípulo, pero, para Borges la idea es totalmente falsa, y en cuanto a su vínculo con Bioy, el maestro es el joven, y el mayor, el discípulo. Para él, *El sueño de los héroes* “es una novela realmente extraordinaria. [...] Creo que es uno de los grandes libros de Bioy, y me parece más complejo que *La invención de Morel*, que tuve el honor de prologar cuando se publicó” (Sorrentino, 1996, 102-103).

Acaso uno de los mayores homenajes al amigo menor fue incluirlo entre los personajes de uno de sus cuentos. En efecto, en “Tlon, Uqbar, Orbis Tertius”, el Bioy de la ficción secunda al narrador en la busca de noticias sobre Uqbar, un país de difícil ubicación. En el cuento menciona también, entre los contemporáneos, a Carlos Mastronardi, Néstor Ibarra, Ezequiel Martínez Estrada, Drieu La Rochelle, Alfonso Reyes, Xul Solar y Enrique Amorim, pero la participación de Bioy excede la mera cita.

¿Discípulo o condiscípulo?

Borges jamás entró en competencia con Bioy —ni con ningún otro escritor— y estaba dispuesto a cederle la delantera a su amigo. En cambio, éste tuvo que defenderse de quienes lo juzgaban hechura de Borges. Bioy aludió a una deuda de Borges para con él:

Yo creaba una historia y se la contaba a Borges, y Borges creaba una historia y me la contaba a mí. Y yo creo que eso de estar contándonos argumentos y argumentos influ-

yó en él para llevarlo a escribir los cuentos de la *Historia universal de la infamia*, que fueron los primeros cuentos —un poquito disfrazados de ensayos— de Borges. Creo que encontró en mí un interlocutor que completó un poco su personalidad. (Sorrentino, 1996, 33)

Asimismo, en una de esas conversaciones, aclaró cuál había sido su participación en los cuentos de Bustos Domecq. Los primeros tienen mucho más de Borges, pues éste urdía los argumentos y Bioy aportaba frases, detalles. “En los libros posteriores, la colaboración fue prácticamente por mitades”. (Sorrentino, 1996, 98)

Bioy se defendió de la maliciosa creencia de que *La invención de Morel* hubiera sido fruto de la amistad con Borges. Se comentaba que Bioy habría actuado como una especie de muñeco de ventríloco a quien aquel habría dictado la novela. El damnificado calificó de disparate esta especie. Recordaba perfectamente cómo se le había ocurrido la trama y cómo Borges, a quien se la había contado en las Barrancas de San Isidro, la había estimado “la mejor historia del mundo”. Repitió la frase en tres o cuatro oportunidades más y la reiteró respecto de *El perjurio de la nieve* y *El sueño de los héroes*. El argumento de *La invención de Morel* le gustó mucho a Borges y le aconsejó al autor: “No escribas un cuento; escribí una novela porque ahí tenés muchas ideas para desarrollar” (Sorrentino, 1996, 125). Bioy iba colocándose a la altura de su amigo y colaborador.

Borges tenía ese tacto secreto para hacerme sentir que yo era su par. Nunca me hizo sentir de otra manera. En alguna medida porque debía considerar que yo era suficientemente inteligente. No es altanería de mi parte, pero creo que se encontraba a gusto con mi inteligencia. Además, cuando dos personas son amigas, cada una enseña algo a la otra; en caso contrario, se trataría de una relación entre maestro y discípulo, no entre amigos. (Bioy, 1994, 109-110)

Yo me sentía como un hermano de Borges, y hemos pasado la vida discutiendo sobre una cantidad de cosas. Borges era más eminentemente épico que yo y tenía cierto rechazo por la parte intimista, rechazo que yo no tengo. Hay cosas así. A Borges no le gustaba mucho expresar sentimientos, y en la vida era tal vez más sentimental que yo. De las mujeres se enamoraba con todo, y sufría mucho y les dejaba ver que estaba tal vez demasiado locamente enamorado...Y solía tener mala puntería para elegir las, y las mujeres muchas veces lo maltrataban precisamente por esa entrega excesiva. La suya fue una vida muy sentimental. (Sorrentino, 1996, 120)

Al tratar el tema en “Una amistad literaria” (*La Nación*, 17 de agosto de 2005), Daniel Martino, albacea literario de Bioy y autor de varios trabajos sobre su obra, lo protege de tales acusaciones y contribuye a ponerlo a la altura del amigo mayor:

Uno de los lugares comunes de la crítica sostiene que, a lo largo de más de cincuenta años, Borges, por edad y experiencia, nunca dejó de ser el generoso maestro; Bioy, el aplicado discípulo.[...] Una rápida lectura es suficiente para responder a este prejuicio y señalar, en el conjunto de los textos de Bioy, los rasgos que constituyen, en última ins-

tancia, las diferencias más notorias con los de la obra de Borges —la preocupación, propia del novelista, por la psicología de sus personajes; la atención por los registros del habla cotidiana; el énfasis en los límites de la percepción y el aislamiento del individuo. [...] Así como la lectura de toda la obra de Bioy descubre una evolución estética y retórica que excede los preceptos borgeanos, el atento examen de los pormenores de la amistad descubre igualmente que esa relación, aunque discipular hasta mediados de los 40, constituyó en todo momento una ‘comunidad intelectual’: si Bioy, en esas ‘conversaciones interminables’, recibía de Borges ‘auténticas lecciones de moral y de literatura’, la influencia de Bioy, a su vez, fue decisiva para inclinar a Borges hacia el abandono del barroquismo en su estilo y, sobre todo, para animarlo a la escritura de ficciones.

El diario de Bioy

En 1947, el autor de *Dormir al sol* comenzó a redactar un diario.

Durante muchísimos años yo llevé diarios; ahora ya no los llevo [...] Esos diarios tienen conversaciones con Borges, tienen conversaciones con escritores en Europa, tienen cosas bastante ricas... Pero, de pronto, en esos diarios descubro un Adolfo Bioy del que me había olvidado y que no me parece que sea yo. Y lo considero un estúpido extraordinario. Hay por ejemplo un momento en que digo que, cuando veo a una mujer que me gusta, quisiera hacerle un hijo, con absoluta prescindencia de lo que iba a ser el destino de ese hijo... Bueno, me asombra que yo haya sentido eso. Después me curé de esas estupideces, por cierto. Pero no deja de alarmarme que pueda tener ahora estupideces semejantes, y no advertirlas. (Sorrentino, 1996. 81- 82)

En sus *Memorias*, Bioy declara: “Yo tiendo a ver el lado cómico de la realidad. Esto ofende a mucha gente y suele crear malentendidos incómodos. [...] En lo que más quiero, en lo que más me gusta y también en lo que más me duele, veo el lado cómico” (1994, 68). En otro lugar del mismo libro, apunta: “Wilde dice que el hombre mata a lo que más quiere. Yo soy un escritor satírico. Me place reírme de lo que más quiero, quizá en un secreto afán de sentir que ese amor es desinteresado, puro” (1994, 67).

Después de la muerte de Borges, Bioy publicó fragmentos de esas conversaciones y en 1990 anunció su intención de reunirlos en libro, donde aquél aparecería riéndose de las cosas que él mismo respetaba. De lo oral y privado, esas charlas pasaban a lo escrito y público. El amigo dilecto se proponía registrar las frases ingeniosas y mordaces, casi siempre graciosas, que Borges, divertidamente, propinaba a diestro y siniestro, pero en la intimidad, posiblemente sin suponer que su amigo las trasladaría al libro, como ha insistido en hacerlo en *Borges*, abultado volumen de un millar y medio de páginas. Al ser arrastradas al ágora, las bromas sobre colegas y personas del círculo amistoso adquieren un peso que no poseían en las circunstancias en que fueron proferidas como impresiones burlescas, divertidas, sin el rigor del juicio.

La obra póstuma de Bioy puede considerarse un nuevo fruto de la colaboración de los

dos escritores, aunque sin la anuencia del protagonista. Trae a la memoria un ensayo incluido en *Historia de la eternidad*, titulado “El arte de injuriar”. En él, Borges investiga los métodos utilizados para escarnecer, desde el recurso mudo de sacar la lengua o hacer pito catalán, hasta cortantes expresiones, como “expeler, cocinar o gruñir un libro”. Se complace en la lectura de los escarnios de Swift, el Dr. Johnson y Voltaire, a los que añade “las buenas indignaciones de Paul Groussac”. El copioso repertorio de injurias seleccionadas por Bioy no dice nada nuevo ni trascendental sobre el autor de *Ficciones*. En cambio, dice mucho acerca del mismo Bioy, del Bioy ser humano. Su minucioso inventario de desaires y desdenes, muchos denigrantes, solicitan al psicoanalista más que al crítico literario. Al volcar en tantas y tantas páginas los dichos maliciosos del amigo, los designios de Bioy se tornan insondables y hasta la famosa amistad se vuelve sospechosa.

Binomios

La amistad entre ambos ha alcanzado categoría histórica en nuestras letras debido a la calidad de ambos autores, al refinado medio social y literario que los rodeaba, a la creciente fama del mayor, y, sobre todo a que se concretó en libros escritos en colaboración. Este hecho los distingue netamente de Cané y García Mérou. La colaboración ha sido frecuente en el teatro, en general para satisfacer la gran demanda de piezas, sobre todo de comedias, en tiempos en que la permanencia de obras en cartel era limitada y los empresarios se veían forzados a variar el repertorio de sus teatros. Dos autores, y a veces más, firmaban juntos y se constituían en binomios populares, como Arnaldo Malfatti y Nicolás de las Llanderas; Carlos Olivari y Sixto Pondal Ríos, Camilo Darthés y Carlos Damel, entre muchos otros. Dos narradores de prestigio como Pilar de Lusarreta y Arturo Cencela escribieron en colaboración para el teatro.

Caso famoso en la escena española es el de los jocundos hermanos Joaquín y Serafín Álvarez Quinteros. También los hermanos Machado (Antonio y Manuel) escribieron juntos para el teatro. Más rara es la colaboración entre narradores. En las letras francesas, consagraron esa cooperación literaria los célebres Hermanos Goncourt (Edmond y Jules). Por su parte, Erkmann-Chatrían fue el seudónimo conjunto de Emile Erkmann y de Alexandre Chatrián, autores de novelas históricas. En la literatura alemana, los hermanos Grimm (Wilhelm y Jacob) se unieron para recrear cuentos populares que han ganado fama mundial.

La colaboración era imposible entre Cané y su discípulo, porque el mayor se empinaba frente al discípulo, mientras que en la amistad Borges-Bioy Casares, como se ha visto, el primero, nada afecto a asumir posturas magistrales, se igualaba con el amigo menor y hasta, a veces, le cedía la delantera. Borges asumía una actitud aquiescente, siempre dispuesto a intervenir en cualquier empresa literaria que le interesara, grande o chica. Eran juegos de la inteligencia que lo divertían y parecían no fatigarlo nunca. Una tarde, en *La*

Nación, propuso al Secretario General y a otra persona, urdir juntos un poema, aventura que puso muy orgullosos a los sorprendidos y deslumbrados coautores. Amigas escritoras cooperaron con él en varias ocasiones, aplicadas a completar la parte histórica y bibliográfica de algunos de sus libros. Pero ninguna colaboración alcanzó la magnitud del trabajo junto a Bioy. Evitaron el binomio y adoptaron los dos seudónimos ya mencionados. El crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal en su “biografía literaria” de Borges, propuso otra vuelta de tuerca. Los falsos nombres —H. Bustos Domecq y Suárez Lynch— habían terminado por dominar a la pareja de escritores. “Borges y Bioy quedaban desplazados por sus propias creaciones. Había nacido un nuevo escritor, un escritor que debía ser llamado *Biorges*, porque no era ni Borges ni Bioy ni se mantenía fijo bajo un seudónimo estable” (1987, 334).

Notas disonantes

A Cané, nacido en 1852, se lo reconoce como el representante típico de la generación del 80 por el brillo personal, la desenvoltura mundana, la vasta cultura y la múltiple actividad en la política, la diplomacia, la docencia universitaria, la literatura y el periodismo. Martín García Mérou, nacido en 1862, fue uno de sus exponentes finales, menos múltiple, menos fragmentario, según la denominación que propuso Ricardo Rojas. La diplomacia fue su medio de vida, pero se concentró fundamentalmente en sus estudios literarios. En los libros dedicados a Esteban Echeverría y a Juan Bautista Alberdi (que debían ser seguidos por otros) reemplazó el ensayo breve e impresionista por el estudio metódico y abarcador.

Los hombres de letras del 80 solían vivir de la política, de la diplomacia y de la enseñanza. En el siglo XX, la política, confiada a políticos profesionales, dejó de atraerlos. La diplomacia siguió siendo un destino apetecible, así como la enseñanza y el periodismo, más algunas profesiones como la abogacía. Borges fue empleado de una biblioteca, en ocasiones periodista cultural, conferenciante, hasta que su prestigio lo llevó a la dirección de la Biblioteca Nacional y a la docencia universitaria, aun cuando no poseyera títulos ni diplomas. En cambio, Adolfo Bioy Casares, salvo un fallido desempeño de administrador de la estancia familiar, nunca tuvo necesidad de ganarse la vida. Se dedicó a leer, a escribir, a viajar, a sostener deleitosas conversaciones con amigos y sobre todo con el amigo mayor, hasta que sus libros le permitieron, como a Borges, ganar dinero por una vía casi desconocida entre sus colegas.

La predisposición amistosa se ha considerado tradicionalmente una virtud característica de los argentinos. El mismo Borges lo ha reconocido. La ejercida por las dos parejas de escritores que he tratado de aproximar, constituye un buen ejemplo de ese atributo. Pero si ahondamos en los entresijos de esos lazos, descubriremos notas disonantes en cada uno de los dos pares. En el primero, Cané, el mayor, se manifiesta convencido de la

propia superioridad y revela su propensión posesiva frente al menor, dócil y deferente. En la segunda pareja de amigos, el menor, Bioy, reconoce la valía del mayor, pero le inquieta que ese ascendiente convierta el beneficio en daño. Busca dejar bien clara su peculiaridad y tiende a ponerse a la altura del colega insigne.

No creo que Bioy Casares pueda considerarse discípulo de Borges. Es diferente, pero menor. Ni en la narración ni el ensayo se acerca al amigo. Es certero en el manejo de la sátira lingüística, dueño de una prosa precisa y elegante, pero está lejos de la maestría borgeana en la poesía, el ensayo y el cuento; en la destreza clásica del verso, en la prodigiosa sutileza de la prosa y en la urdimbre no menos prodigiosa de sus cuentos (un tanto forzada en Bioy). Desaparecidos ambos, el libro póstumo de Bioy Casares, cuyo título es el simple y suficiente apellido del amigo, tendría que haber sido el monumento a una gran relación, y, sin embargo, deja muchas dudas e insufla en la amistad célebre inesperadas gotas de perfidia.

Referencias bibliográficas

- BIOY CASARES, Adolfo, 1968, *La otra aventura*, Buenos Aires, Emecé.
- BIOY CASARES, Adolfo, 1994, *Memorias*, Barcelona, Tusquets.
- BIOY CASARES, Adolfo, 2007, *Borges*, Buenos Aires, Ediciones Destino.
- CANÉ, Miguel, 2004, *Prosa ligera*, Buenos Aires, Biblioteca Jockey Club.
- GARCÍA MÉROU, Martín, 1891, *Recuerdos literarios*, Buenos Aires, Félix Lajouane.
- GARCÍA MÉROU, Martín, 1884, *Impresiones*, Madrid, Librería de M. Murillo.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir, 1987, *Borges. Una biografía literaria*, México, Fondo de Cultura Económica.
- SÁENZ HAYES, Ricardo, 1955, *Miguel Cané y su tiempo*, Guillermo Kraft, Buenos Aires.
- SORRENTINO, Fernando, 1996, *Siete conversaciones con Adolfo Bioy Casares*, Buenos Aires Sudamericana.
- SORRENTINO, Fernando, 1996, *Siete conversaciones con Jorge Luis Borges*, (Nueva edición, con notas revisadas y actualizadas) Buenos Aires, El Ateneo.
- ULLA, Noemí, 1990, *Aventuras de la imaginación. De la vida y los libros de Adolfo Bioy Casares*, Buenos Aires, Corregidor.